

hombres de ciencia y arte y hombres de audacia, emprendieron en Nueva España la obra de trasplante civilizador. Los siglos XVI y XVII, en cuanto a las letras, no son sino una prolongación de las voces de España.

El medio, altera ligeramente, pero no define todavía un nuevo tipo literario.

II

Nueva España en el siglo XVIII.—Culteranos y conceptistas.—La aparición del neoclasicismo.—El principio del siglo XIX.—Fray Manuel Navarrete.—Sartorio y Ochoa. Las Gazetas.—La guerra de independencia y la literatura.—El «Pensador mexicano».

Esta segunda parte es el resumen de un libro que escribí hace algún tiempo en mi país, y publiqué hace pocos meses en España. En él estudié precisamente el período comprendido entre el último siglo del virreynato, es decir, el XVIII, y los veinte primeros años del XIX, durante los cuales México preparó y llevó a término su lucha por la emancipación nacional. Este período no es precisamente interesante desde el punto de vista

estético; pero me parece que lo es, y mucho, desde el histórico, porque en él se define, en virtud de nuevos elementos que entran a componer nuestra expresión artística, la fisonomía literaria de una época y de un pueblo.

Ruido retórico, maraña lírica, hinchazón y prosaísmo: he aquí la herencia que recoge el siglo XVIII en Nueva España, y con esa herencia llena media centuria. Las formas literarias del siglo XVII se resistían a desaparecer, y hallaban arraigo y vida no ya sólo en los métodos de enseñanza y cultura, sino también en nuestro modo de vivir colonial, en nuestras costumbres viejas y persistentes, que nos daban el aspecto de una España arcaica, todavía al principiarse el siglo XIX.

Los *conceptistas* y *culteranos* españoles nos habían atiborrado de oropesecas y caprichosas joyas de *mal gusto*.

Y en México se cantaba y se vivía a la antigua. En América, en general, estábamos por aquel tiempo retrasados en modas y en literatura. Tardíamente nos llegaban ambas cosas de la Colonia. La poesía novohispana era una banda innumerable de liras gongóricas para entonar cantos de artificio y divertimento, verdaderos juegos de palabras, sonetos ecoicos, octavas de doble rima, estrofas compuestas a manera de centones, con versos sueltos del lírico cordobés, arreglados y

combinados como las piedras en un mosaico, para producir la sombra de un obscuro sentido.

Como rocío inesperado en los ardores de un jardín veraniego, cayó, al mediar el siglo XVIII, en la literatura mexicana, el preceptismo amanerado y gélido, pero sensato y circunspecto, de los doctrinarios neoclásicos. Poco a poco empezó a paladear Nueva España el *gusto francés*. La poética fría y atildada del buen señor don Ignacio de Luzán Claramunt Güelves y Gurrea, pasaba de mano en mano entre la juventud literaria de México. Y la miel empalagosa de Meléndez Valdés comenzaba a filtrarse entre los platerescos ornatos del *culteranismo*. Y don Leandro Fernández de Moratín iniciaba su influencia en la composición, armonía y proporción del verso y de la prosa. Las enciclopédicas enseñanzas del fraile benedictino don Benito Jerónimo Feijóo, que en su *Teatro crítico* y en sus *Cartas eruditas* discutía con espíritu libre verdades positivas, en aquel tiempo de «paralización científica» en España; las sátiras agudas y donosas del Padre Isla en su *Fray Gerundio de Campazas*, modelo de estilo claro y fácil y de burla elegante; las censuras risueñas y hondas de don José de Cadalso en sus *Eruditos a la violeta*—los tres, hablistas diáfanos—fueron lentamente deslizándose en Nueva España, sin que pueda afirmarse que por eso perdió nuestra

literatura su viejo carácter encrespado, campanudo y pomposo.

Como acabo de decir, el movimiento evolutivo de las letras se había retardado en la América española, y todo ello sucedía, e imperaban todavía, como en dominio conquistado, Meléndez Valdés, fray Diego González, y un poco los Moratín, cuando ya en España anunciaban con sus clarines de oro un alba nueva, el arrebatado y radiante D. Manuel José Quintana y el vehemente y enardecido D. Nicasio Álvarez de Cienfuegos, ambos transformadores violentos de los moldes poéticos, en los que insuflaron soplos cálidos de *Revolución francesa*.

Los jesuítas, entre tanto, continuaban su obra de educación, la cual marcó huellas profundas en el alma de los colonos españoles, en los *criollos* y en los *mestizos* que pasaron por las aulas universitarias mexicanas, donde la metafísica sumergía el pensamiento en profundidades de penumbra azul y la dialéctica era como una muralla de razonadas sutilezas. La filosofía escolástica reinaba en toda su magnificencia. Aristóteles y Santo Tomás dividíanse el señorío espiritual. Platón andaba errante fuera de las aulas, en la mente de algunos pensadores idealistas.

Durante medio siglo XVIII, los jesuítas, consumados latinistas y teólogos, influyeron poderosamente

en las orientaciones mentales de Nueva España, disciplinaron y formaron hombres de la talla del historiador D. Francisco Clavijero, de D. Andrés Cavo, el autor de *Los tres siglos de México*; de D. José Diego Abad, el poeta de la celebrada obra latina *Heróica de Deo Carmino*; de D. Francisco Javier Alegre, autor latino también y traductor de los clásicos.

La Compañía de Jesús fué desterrada, pero quedaron sus herencias intelectuales. Quizá una buena parte de ellas tocó al doctor D. Juan Benito Díaz de Gamarra, profesor de filosofía moderna en México, primer expositor allí de Descartes, Locke y Gassendi; y alcanzó al célebre presbítero don José Antonio Alzate, cuyas *Gazetas de literatura* sirvieron tanto como propagadoras de cultura literaria y científica.

Los poetas del siglo XVIII pasaron al XIX su bagaje de versos, y no hicieron otra cosa sino prolongar la ensordecedora garrulería y el rimado prosaísmo de cepa genuinamente española.

Entre aquella vocería lírica, entrando apenas el siglo nuevo, oyóse de pronto una voz dulce y amable, una voz casi femenina, que entonaba

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

suaves endechas amorosas. Las entonaba con una afabilidad y una cordialidad inusitadas, con un perceptible *trémolo* de sollozo y un ligero humedecimiento de lágrimas que llegaban al corazón. Era como si entre la algarabía de las aves de corral se escuchase, a intervalos, el zurear de una paloma en celo. Odas de forma anacreóntica, como entonces se las llamaba, odas lindas y pulcras, que, aun imitando las del cantor de *Rosana en los fuegos*, tenían un acento muy personal de candor y pureza:

“Por la margen de un río
que mansamente corre,
la zagala Clorila
cortando estaba flores.

Una le pido, y ella
tan inocente, entonces,
a escoger, de las que echa
en sus faldas, me pone,

Su confianza respeto,
mas entre tanto dióme
palabra de ser mía
en lícitos amores.

Pasó el Verano: vino
el Otoño, y conformes
fueron siempre los frutos
a sus honestas flores.

Aprended, zagalejas,
y vosotros, pastores,
a disrutar placeres
que no son los de Dione.”

De estas dulzuras eróticas pasaba la voz a suspirar nostalgias de perdida felicidad, de bien lejano, de vaporoso ensueño desvanecido:

“Mortal hipocondría,
que siento como daños
de mis molestos infelices años,
enferma de mi musa la alegría.
Ya no, como solía,
canta de los pastores
inocentes amores:
ya no canta las simples zagalejas
coronadas de flores
tras de blancas ovejas.
Ya no canta ¡ay de mí! la Doris bella
ni la Clori serrana;

ésta grata, y aquélla
 tan cruel como hermosísima tirana.
 Ya le influye otra estrella,
 otra estrella de aspecto riguroso.
 Y mudada la alegre perspectiva
 del tiempo venturoso,
 los males llora de mi suerte esquiva.
 ¡Ay musa! ¡Desgraciada musa mfa!
 Tras del alegre canto
 vaya tu triste llanto,
 al modo que la noche sigue al día.

¿Quién era ese poeta, que con la miel bucólica de los tiempos de Boscán, clarificada momentos después por el lusitano Montemor y por Gil Polo, edulcoraba la fruta, insípida antes y de áurea corteza, de la poesía colonial? ¿Qué aliento virgiliano, venido del mismo seno de la Naturaleza, no del obscuro rincón del aula, con fragancia de campiñas en flor, y no con olores de manoseados escolios, oreaba los vetustos arabescos de las ruinas escolásticas?

El *Diario de México*, en 1806, al calce de los *Ratos Tristes* puso la siguiente nota: «El autor de estos *Ratos Tristes* es el mismo de *Las Flores de Clorila*. Se nos ha remitido una carta en que se dice ser natural de la villa de Zamora.

Otros dicen que es de Celaya y nosotros hemos dicho que es de Querétaro. Siete ciudades de la Grecia se atribuían el nacimiento de Homero. Sea de esto lo que fuere, poco nos importa. Sus producciones son muy bellas y conservamos varias de las mejores, que se irán insertando.»

En la villa de Zamora, hacia mediados de 1768, había nacido el poeta. Había venido a México en su primera juventud, y luego, muy pronto, se había vuelto a la provincia de Michoacán, donde tomó el hábito de San Francisco. Bajo las arcadas del claustro de Querétaro, el joven fraile comenzó a soñar silenciosamente y a metrificar sus sueños. Sus estudios de latín diéronle considerable fuerza expresiva y pulieron su versificación. A Valladolid de Michoacán, donde residió mucho tiempo, a Silao, a San Antonio de Tula, pueblecillo de la intendencia de San Luis Potosí, y al Real de minas de Tlalpujahuá, el franciscano fué siempre acompañado de su musa. Tiempo hacía que, antes de que el *Diario de México* diese publicidad a las primorosas anacreónticas, el nombre del poeta sonaba en los grupos literarios. Algunas obras suyas corrían, manuscritas, entre los cultivadores líricos (1). El glorioso recién llegado a las letras se

(1) El *Diario de México* comenzó a publicar los versos

llamaba el reverendo Padre fray Manuel Martínez de Navarrete (1768-1809).

Cuando con suave timidez se decidió a que sus inspiraciones saliesen de la celda, como salen los pájaros de la jaula, el guardián del convento de Tlalpujahua tenía treinta y siete años, gallarda figura, aire bondadoso y manso, y acrisolada fama de virtud.

Con su rostro apacible y sus ojos azules y limpios, suavemente iluminados por la lámpara perenne de una extática fantasía, fray Manuel Navarrete exteriorizaba los encantos de ternura y serenidad de su espíritu. Son los mismos que caracterizan su poesía.

Entre los adornos de una retórica muy convencional y artificiosa, como la que entonces constituía el primer elemento poético, se sorprenden en Navarrete expresiones vivas, enérgicas, animadas y sinceras.

El sentimiento se revela, rompiendo moldes impuestos y quebrando adornos de papel. Late, por debajo de la tela sonora y melíflua de una versificación *marginal*, un corazón de hombre

de Navarrete en 2 de enero de 1806. Ya había hecho mención de ellos D. Juan Wenceslao Barquera, en una *carta* publicada en 20 de noviembre de 1805.

tierno y apasionado. Brilla la imaginación rica y verdadera entre las perlas artificiales de un erotismo suave y pulcro.

Meléndez Valdés influye, casi completamente, en la forma poética de Navarrete. El gusto *neoclásico*, delicado hasta la insinceridad, simétrico hasta la monotonía, frío hasta el aburrimiento, invade casi toda la obra del fraile mexicano.

Sin embargo, entre las nimiedades caseras y las quejas almibaradas, entre los cantos a la pollita de Clori y a los canarios de Lisi, y los lamentos de los pastores de *biscuit* de las églogas, que son una prolongación del *italianismo* de Garcilaso, se agitan emociones dulces e ingenuas, que nos producen ahora, a través de un siglo, la impresión de la realidad bien sentida. Lo que con más espontaneidad canta Navarrete es el amor y la tristeza.

Mejor que en la oda pindárica, que intentó más de una vez, y que en la elegía lacrimosa, recargada de citas mitológicas, y que en los cantos místicos y éticos, su poesía encuentra en la melancolía ternera o en el apacible ardor del idilio las expresiones naturales y hermosas y las imágenes lúcidas y evocadoras.

Siente con mucha intensidad la Naturaleza y la describe con brillantes matices. Su silva *La mañana* tiene toques magistrales de colorista.

Allí está mejor el poeta que en los cantos de gran aliento. Un lejano perfume de helenismo da, a veces, a sus pequeñas odas, aristocrático sabor. Los amores que le inspiran son, más bien que pasiones, entretenimientos apasionados, juveniles ansias, devaneos amorosos. Las deidades paganas, con sus simbólicos atributos, cruzan a cada instante por los versos de Navarrete, que, en su *neoclasicismo*, de ellas se vale como de emblemáticas expresiones. Cupido retoza; Venus sonríe; Jove, el almo padre, es frecuentemente invocado; pasan corriendo las Gracias con las cabelleras desatadas; Pan sopla en su agudo caramillo, bajo la frescura de las frondas, y sátiros y ninfas bailan en el claro del bosque, en torno de la fuente, en cuyos cristales arde el sol. Hasta las fábulas de Navarrete toman el aspecto de sátiras antiguas.

Sin embargo, de cuando en cuando, fray Manuel Navarrete, cediendo a las influencias del medio y al gusto de la época, cae en un prosaísmo grosero, usa expresiones triviales y crudas, imágenes burdas, toscas y mal encubiertas alusiones de sentido soez.

Como acontece a casi todos los poetas mexicanos, no siempre tiene pureza su léxico. Con relativa insistencia se deslizan los *regionalismos* en la dicción poética; y, por hacerse más fami-

liar, más íntimo, recurre a muy vulgares locuciones mexicanas. Uno de sus pruritos es el de abusar del diminutivo, el de aplicarlo impropriamente, como suele hacer nuestro pueblo.

Incurrió también Navarrete en otro abuso: abuso de la sinéresis, como todos o casi todos sus contemporáneos y gran parte de los que le precedieron; ha sido éste un defecto común, por muchos años, en la poesía mexicana. No romper los adiptongos, darles valor unisílabo, es un vicio prosódico fuertemente arraigado en nuestra fonética americana.

Pero, a pesar de sus imperfecciones, que entonces no se reconocían, o no se notaban, o eran perdonadas por los técnicos, el poeta ejerció, al aparecer, un súbito y vigoroso predominio. Don Juan Wescleslao Barquera escribía al *diarista de México* en noviembre de 1805, refiriéndose a las primeras composiciones de Navarrete, insertas en el periódico: «... en ellas verá usted que el lustre y la belleza de esa facultad no es tan extraña de nuestro clima. Bellas producciones del buen gusto que interesarán nuestros papeles y harán el honor del poeta que me les ha comunicado. Alternarán las mías siguiendo sus propias huellas.»

Eso hicieron muchos; seguir las huellas de Navarrete, y, por lo mismo, afirmarse en la imi-

tación *valdesiana*, que invadió la literatura de Nueva España.

La gloria de Navarrete fué como un relámpago: luminosa y breve. Cuatro años duró. En 1809 murió el poeta. No fué tampoco larga su agonía, pero, rápida como vino, le dejó tiempo para cumplir con un escrúpulo de su conciencia; su primer biógrafo lo dice:

«Hallándose en esta situación, hizo salir de su recámara a una señora anciana, que le cuidaba, llamada doña Josefa Silva, con pretexto de enviarla por un medicamento; y, aprovechándose de aquel intervalo, puso fuego a sus manuscritos» (1).

Tal decisión no era, entre los poetas, rara en tiempos pasados, ni mucho menos tratándose de frailes y creyentes. La lumbre se comía los secretos. Estas reservadas discreciones, que no parecen ser otra cosa que un excesivo pudor contra las malignidades del mundo, traen a la memoria los últimos momentos de San Juan de la Cruz, entregando a las llamas las cartas de la doctora de Avila.

(1) *Memoria sucinta de los principales sucesos de la vida de fray Manuel Navarrete, escrita por un íntimo amigo suyo; figura en todas las ediciones de las poesías de Navarrete.*

«Se sabía—agrega el biógrafo—que perecieron treinta sonetos dirigidos a Anarda.» ¿Qué pasó por el ánimo del virtuoso poeta? ¿Quién sabe!

Don Marcelino Menéndez y Pelayo disculpa los inocentes erotismos del fraile franciscano, atribuyéndolos a prurito de imitación y artificio. A decir verdad, yo veo algo más que el afán literario en la obra de Navarrete, y más que veo, siento que un alma, delicadamente simpática, revela un poco, descubre a medias sus misteriosas agitaciones de ternura y afecto. Nada real, nada positivo se encontrará, tal vez, en lo referente a devaneos amorosos, en la vida de este virtuoso varón. Pero, de las reconditeces de su corazón apasionado, salen estas voces suaves y castas, estos reclamos de ave, estos versos de dulzura inefable. Los deliquios pastoriles, las aventuras idílicas, no están vividos, sino soñados. El Padre Navarrete no amaba a Clori, ni a Filis, ni a Lisi, ni a Anarda; amaba la ilusión; amaba al amor. Y en la lámpara de su fe, como en un vaso sagrado, caían y se quemaban gotas de poesía pagana, esencias de voluptuosidad y deleite.

Ello es que, en su tiempo, nadie puso reparo a los *Cánticos eróticos* de Navarrete. Don José Manuel Sartorio, a quien tocó juzgar como censor de las odas que con el título general de *La inocencia*, dedicó el poeta a la *Arcadia mexicana*, de

la cual fué electo Mayoral, dijo: «¿Quién puede negar su aprobación a estas bellezas, tan dignas de salir al público?»

* * *

El censor que así habló pasaba entonces por uno de los sabios en bellas letras más rectos y juiciosos. Era un hombre lleno de piedad, de bondad y de santidad el presbítero D. José Manuel Sartorio (1746-1829). Era también un poeta. Un poeta ramplón, aññado, humilde.

Cuando hizo el elogio de Navarrete alcanzaba los sesenta años. Había sido alumno de los jesuitas, rector de colegios, catedrático de Historia y disciplina eclesiásticas, capellán de varias instituciones religiosas, examinador sinodal del Arzobispado de México, presidente de Academias de Humanidades. Su fama de orador se había extendido por todo el reino. Sin embargo, su vida no había dejado de ser modesta y pobre. No poseía bienes de fortuna; dedicábase a las letras; cultivaba el latín; vivía una vida sencilla, cristiana, amable y pura. Era un cura risueño, afable, nervioso; un imaginativo incansable. Gustaba de hacer versos. Rimaba incesantemente su existencia, hasta en los episodios más baladíes y comunes. Cuando no tenía qué rimar, rimaba las ora-

ciones de sus breviarios. Así, su obra poética resulta caudalosisima; casi toda ella es sagrada y piadosa. Tradujo, glosó, parafraseó, imitó pasajes bíblicos, plegarias cristianas, vidas de santos, letanías, secuencias, antífonas.

Era inagotable, constantemente prosáico, fofo y chabacano.

Una mano amiga, una curiosa gratitud, recogió en 1832 cuantas rimas del Padre Sartorio pudo encontrar. Son muchas. Están coleccionadas en siete gruesos tomos en octavo. Allí se leen, además de las poesías místicas, décimas de encargo, sonetos sobre temas familiares, octavas para felicitación, epigramas insulsos, redondillas para coleccionar limosnas, epitafios extravagantes, fábulas insustanciales, canciones para despertar a las novicias el día de su profesión; versos sueltos a personas y animales, a damas nobles, a madres abadesas, al Arzobispo, al Virrey, y a un can llamado el *Mono*, y a la *victoria de un perico*; a las caseras, a los pobres que andaban desnudos, a una viejecita que pidió versos al poeta; verdaderas inocentadas todas. Varias de estas fruslerías están escritas en versos latinos. Las más, en castellano de inferior calidad. Se dirían ensayos de un párvulo en una pizarra escolar.

Aunque docto y severo en sus composiciones religiosas, todo lo que en estos juguetes profa-